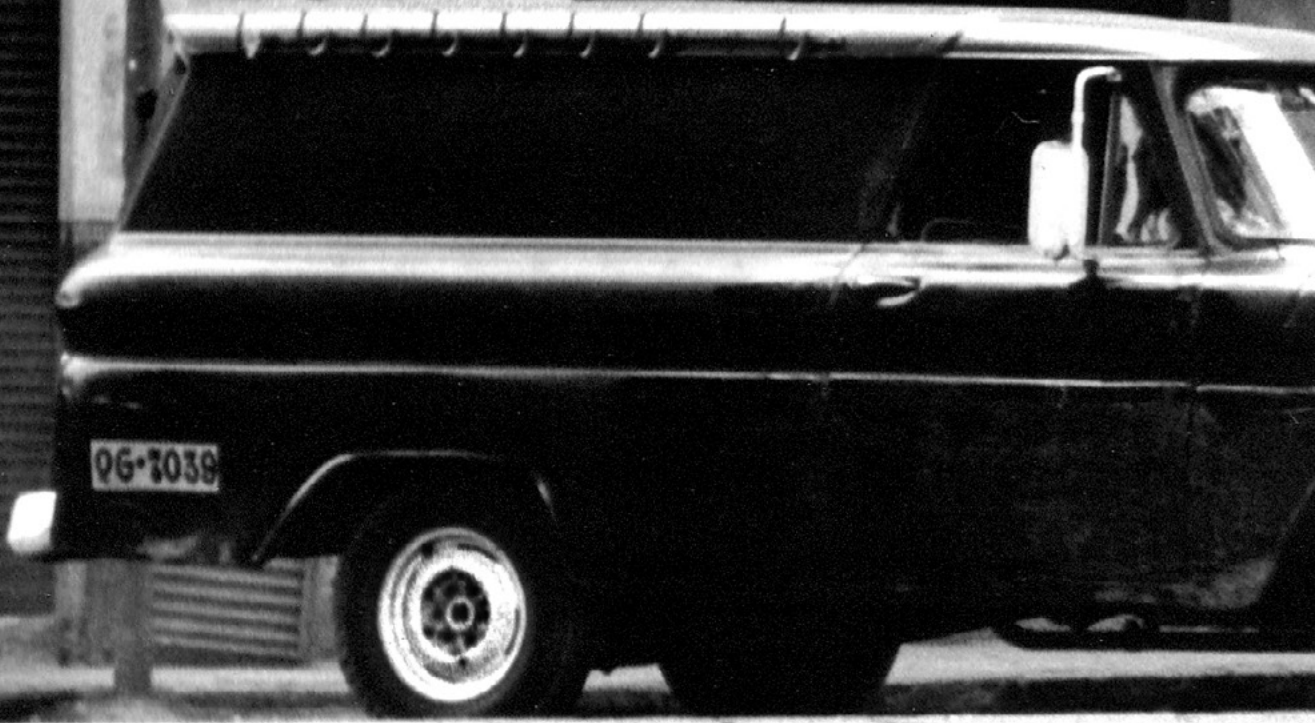


FUNERARIA *Ron*


ESTACIONAMIENTO
PROHIBIDO

1957

06-3039







{Ensayo}

Luis Hernández Los 60

Un sueño privado



MIRKO LAUER

Al enterarme de la muerte de Luis Hernández en Argentina, lloré toda esa noche, en una alcoba del norte de Bogotá, y seguí llorando y vomitando en secreto a la mañana siguiente, recién despertado de un sueño predecible en el que Hernández y yo bebíamos solemnemente alrededor de una mesa patinada en La Herradura. Recuerdo esa escena, y la perfecta imbecilidad de una de mis respuestas a sus quejas: “Toma Gelusil, viejo, Gelusil”. Y en el sueño yo volteaba rastreramente la cabeza buscando con la mirada la aprobación de los médicos que nos rodeaban. Pues desde que lo conocí, Hernández, médico, vivió rodeado de médicos (y el Gelusil es un remedio más o menos inocuo contra la acidez estomacal).

Hacía muchísimo tiempo que no recibía una noticia tan mala, y esta se llevó de cuajo una parte de mi vida, aquella que había venido siendo gradualmente aplastada por mi actividad de esos últimos años, y que la muerte de Hernández volvió a poner al centro de mis obsesiones. Llorar por él fue también llorar por mí, y luego, con amargura, por la distancia que logró instalarse entre dos amigos tan cercanos, aquella que separa el esplendor de la juventud de las primeras sombras

de la peor adultez, la que estrelló a Hernández contra su destino.

En los últimos tiempos no nos habíamos visto a menudo, en realidad casi no nos habíamos visto. Yo lo buscaba unas cuatro veces al año. Una de ellas inevitablemente al borde del verano, y creo que en más de doce años de amistad él no pasó a buscarme ni una sola vez. Y a pesar de que cada uno de esos encuentros terminaba con la promesa de seguir viéndonos en las semanas siguientes, ya entonces ambos sabíamos bien que no frecuentarnos era la condición para mantener intacto nuestro viejo diálogo.

Conocí a Hernández un par de años antes de entrar a la universidad, cuando él era, como todo el mundo a mediados de los sesenta, autor de unos poemas prometedores. Ya había abandonado una carrera literaria, e iniciaba sus estudios de medicina en San Fernando. Era moderadamente célebre en los medios juveniles-universitarios-literarios, como estudiante distinguidísimo y alegre “excéntrico” de la poesía. En ese momento su currículum básico constaba de dos plaquetas (*Orilla* y *Charlie Melnik*), un viaje a Alemania (donde cimentó una vocación germanófila que no lo abandonaría), las anécdotas de su vida en la



Universidad Católica, una situación acomodada y cierto talento musical.

En el invierno de 1965 Luis Hernández era un joven atlético, dado a las pesas, el toreo, las cantinas y los conciertos. Su inteligencia, sus lecturas y su temperamento lo impulsaban hacia un liderazgo natural, limitado sin embargo por una intensa egolatría. Manejaba un auto Taunus en constante necesidad de reparaciones, cuyo pésimo radio estaba siempre sintonizado (y esto dividía las aguas de los pasajeros) en Radio Selecta. Sus amigos tenían que ser verdaderos fanáticos de la música culta, o aparentar serlo (yo estuve entre estos últimos). Era lo que se llamaba un tipo bien plantado, que vestía con elegancia y se había hecho (con éxito muy regular) una cirugía plástica en la nariz. Aunque sobre esto había polémica.

Nos conocimos en la calle Roma de Miraflores, a través de Igor Larco, que había heredado la amistad de Hernández de sus hermanos y de los tiempos escolares. La amistad de los tres fue al inicio una cosa fácil, natural, basada en el alcoholismo adolescente, la afición fanática por la literatura y una serie de amistades comunes. Mi admiración por Hernández fue instantánea. Yo había tenido una experiencia de la literatura al lado de Javier Sologuren, su paciencia, su vocación de maestro y la pequeña imprenta de su editorial La Rama Florida. Pero el trauma de una supuesta precocidad poética, más la experiencia de unos años abominables en Canadá me habían apartado de la literatura.

Y para este recién bajado desde Chaclacayo, que apenas empezaba a reconciliarse con su vocación literaria, el encuentro con Hernández fue definitivo: aquí estaba una persona que caminaba por el mundo (por Lima) como poeta, imprimiéndole al hecho una alegría y una rebeldía que ya entonces empezaban a escasear en los medios literarios. Era inteligente, como ya dije, culto, con una dedicación total a la poesía y a la música. Era joven y ajeno a los aspectos oficiales e institucionales de la actividad. Y sus lecturas eran absolutamente exóticas para mí en ese momento: Pound, los alemanes, Martín Adán, y un entusiasmo por los españoles absolutamente nuevo para mí.

La primera de nuestras muchas discusiones fue sobre *Animal de fondo*, de Juan Ramón Jiménez, y nuestro primer proyecto conjunto, hacer traducciones desde una antología de la poesía norteamericana de 1945-1960 que me había prestado Aníbal Quijano por esos días, y que todavía no he devuelto. Hernández era un agitador literario tremendo, al que no todos podían seguir en su agitación, compuesta de lecturas en cuatro idiomas, largas (y para mí a veces tediosas) sesiones de lectura y un incesante intercambio de poemas, que entonces escribíamos a un ritmo de dos, tres y a veces hasta cuatro diarios. Todo esto sucedía en el viejo Taunus, en los bares de Miraflores y Barrios Altos, en las playas y en la casa del propio Hernández, que él y sus hermanos habían logrado convertir en una extensión del barrio de la calle 6 de Agosto, y de los patios de San Fernando (su hermano Max era psiquiatra, y Carlos todavía estudiaba medicina).

La casa de Luis Hernández era una de las claves de su persona: la gran generosidad de los padres, combinada con una concepción “paternalista” de su relación con él (sospecho que hasta el final de su vida recibió cada mañana una propina entregada por lo general en hermosos billetes crocantes); la presencia de un hermano mayor de gran sensibilidad e inteligencia, nacido bajo el signo del éxito; el incesante paso de los infinitos amigos de los tres hermanos, que convertía la casa en una verdadera peña, cuya mesa presidían los padres de Luis con ingenio y curiosidad (henchida admiración) por el mundo de doctores e intelectuales que los hijos representaban.

En medio de ese ambiente Hernández vivió durante muchísimos años una especie de ritual egolátrico compuesto de hábitos rígidos para la lectura, la música, la dieta, el estudio y el sueño (creo que nunca he conocido a una persona que durmiera más que él). La casa era al mismo tiempo una biblioteca desordenada, un gimnasio de pesas y una academia de toreo (en la que por mis nulos conocimientos en la materia me tocó siempre hacer de toro), en cuya mesa se discutía medicina y literatura, y a veces se comentaba las cosas del mundo, sobre todo de España, y los titulares del diario *Última Hora*.

En esa generosa casa donde almorzábamos todos y en la exigente compañía de Hernández me refugié tras mi segundo fracasado intento de entrar a la universidad, y ahora tengo dificultad para transmitir la esencia de ese tiempo. Yo comencé a vivir una vocación poética que se confundía seriamente con la borrachera, y obsesionado por entrar a la universidad me matriculé en una academia de ingreso, y pasé los siguientes meses escribiendo y descartando poemas, viajando entre Chaclacayo y Lima a las 3 de la mañana, y enamorando con torpeza a sucesivas muchachas todas algo mayores que yo. Hernández avanzaba impasiblemente con sus estudios, su gimnasia y sus lecturas, escribiendo los primeros borradores de su poemario *Las constelaciones*, con el que ganó en ese año un injusto segundo premio en el concurso El poeta joven del Perú.

Ese segundo premio y el par de reseñas negativas que mereció el poemario tras su publicación fueron la primera sombra en las relaciones de Hernández con la poesía. Desde las dos plaquetas iniciales, su prestigio había venido creciendo, y *Las constelaciones* representó un salto en su avance literario. Era un tiempo abiertamente competitivo en la poesía joven, y existía un no formulado escalafón meritocrático que partía de la publicación con La Rama Florida, pasaba por los premios florales y de otros tipos, y poco después culminaría en los premios internacionales. Los poetas jóvenes de San Marcos y La Católica recorrieron puntualmente ese camino, que a fines de los setenta llegó hasta los premios Antonio Cisneros, Rodolfo Hinostroza, César Calvo y algunos más, en el exterior.

Hasta entonces la poesía había sido para Hernández una prolongación natural de sus talentos y de su apacible y cómoda vida en Jesús María. Lo sucedido con *Las constelaciones* amargó esa relación, permanentemente, y no volvió a publicar, o por lo menos a hacer imprimir, otro poemario. Creo que es entonces que nace, al menos frente al medio literario, esa vocación marginal que tanto le costó y que tanto admiraron años más tarde los jóvenes profesionales de la literatura. Fue entonces que empezó a fortalecerse su vocación musical, que lo acompañó, junto con la droga, hasta sus últimos días como

una obsesión que representaba, en su vida y en sus textos, la soledad arrogante de quien —como decía una frase que había copiado en la pared de su escritorio— a todos había cerrado su corazón, y perdido la llavecita.

Yo creo que por su sensibilidad y por su proclividad a atormentarse, Hernández vivió, desde antes de conocernos, una genuina fobia a la adultez y lo que ella significaba como transacción, degüello, concesión. Tenía además acceso a otra forma de la adultez, aprendida en su frecuentación de los románticos, y cuyo signo fundamental era la persecución de los absolutos a través de la creación. El choque de su creación con la sociedad no hizo sino reforzar esta actitud. En los hechos esto le valió conservar su juventud (o habría que decir adolescencia) hasta el final de su vida, y contemplar cómo sus amigos se iban alejando uno a uno con el paso de los años para ingresar a sus carreras profesionales, sus matrimonios y sus compromisos con otras formas de la realidad.

Tiempo después percibí que ya cuando nos conocimos Hernández era un solitario que buscaba en la compañía de las jóvenes respuestas a su propia juventud, que mantenía sus largos estudios de medicina como una manera de simultáneamente evitar el encuentro fatal con el país y de justificar ante sus padres un decenio más de vida hogareña básicamente libre de responsabilidades. La medicina le gustaba, pero no era competencia para su afición musical y sus ejercicios literarios. De otro lado, a medida que iba adelantando en sus estudios se hacía notoria la discrepancia radical entre el futuro Dr. Luis Hernández y el joven romántico que vivía aislado de la sociedad en una casa repleta de instrumentos musicales.

También yo estuve entre los que se fueron apartando, atraídos por concepciones más gregarias de la actividad poética y rechazado por la creciente agresividad de mi amigo que había iniciado ya (estoy hablando más o menos de 1968) su curso autodestructivo. Ya entonces se había peleado con casi todos sus antiguos amigos, y creo que por esa época, fuera del grupo de sus compañeros de medicina, los amigos de barrio, de Federico León y su esposa, y de mí, no veía a nadie. Lo que mantuvo nuestro diálogo a partir de allí fue la existencia de un lenguaje común para



tratar la poesía, nacido de años de conversaciones. Esa fue nuestra relación de fondo, eso y el que yo estuviera entre las pocas personas que se pusieron “de su lado” en su lucha contra sí mismo.

Pero quizás estoy avanzando demasiado rápido y precipitando exageradamente las épocas sombrías. Debería hablar de nuestras fantásticas borracheras con el mal pisco de Malatesta, de las arbitrarias traducciones que hicimos de Paul Celan, de Charles Baudelaire, de Dylan Thomas y de Ezra Pound, de la noche en que lo empujé a acompañarme en una salida prostibularia y Hernández vivió el horror de quedar con la boca llena de la dentadura de la mujer que lo acompañaba, de la noche en que atrozmente borracho quiso estrangular a un gringo por una discusión sobre la invasión de Santo Domingo (y eso que no le interesaba la política), de su ingenio espléndido y cáustico, de su compulsión por los juegos de palabras.

Incluso llegamos a participar en la fundación de una revista mimeográfica, *El Gallito Ciego*, junto con Igor e Iván Larco, Javier Diez Canseco, Manuel Piqueras, Abelardo Sánchez León. O en otra oportunidad fuimos reclutados para un fracasado congreso de poesía en la galería Cultura y Libertad, para enterarnos, al ingresar por primera vez en ese recinto, de que estábamos participando en un acto cultural de la CIA en el Perú. A medida que voy escribiendo, estas anécdotas se multiplican, pero se fortalece también la sensación de que Hernández logró pasar a través de todas ellas como un fantasma alegre o deprimido, dependiendo de las circunstancias, sin dejar en ninguna de ellas ni una pequeña parte de su persona real.

Entonces ya Hernández había definido su estilo, básicamente agresivo, cuando no directamente ofensivo, que de no haber sido llevado adelante con la consecuencia que él mantuvo, hubiera sin duda significado una tolerada celebridad en nuestras letras (pienso, y a veces Luis pensaba, en Martín Adán). Pero Hernández no estaba en esa carrera, y la mayoría de la gente resolvió el problema aplicándole el socorrido epíteto de “el loco”. Hernández vio crecer su reputación de intransigente y la admiración de los jóvenes, que lo buscaron en los últimos tiempos como un maestro

heterodoxo, y entre los que empezó a generarse un nuevo aprecio por su poesía.

Hernández tenía muchas de las condiciones necesarias para ser un *maitre a penser* de la poesía: sus conocimientos de literaturas extranjeras eran realmente amplios, su gusto era riguroso y exacto, y su disponibilidad total. Tenía una formación teórica, e incluso científica que nunca sacaba a relucir (no se adecuaba a su visión romántica de la literatura y de la vida), pero que sustentaba sus opiniones, incluso aquellas en apariencia más extremas y arbitrarias. Sin embargo, este primer destello deslumbrante duraba lo que el interés real de los discípulos por la marginalidad en poesía, y Hernández volvía a deambular solo por la noche del centro de Lima.

La última soledad del poeta (y es inevitable recordar aquí aquel verso suyo de *Las constelaciones*: “solitarios son los actos del poeta, como aquellos del amor y de la muerte”) comenzó aproximadamente cuando también su hermano menor, Carlos, terminó sus estudios, se casó, y partió a ejercer la medicina al extranjero. Entonces la casa de 6 de Agosto se volvió territorio exclusivo suyo, y empezó a transformarse a medida que él mismo comenzó a explorar esa soledad a través de la música y el sueño. No recuerdo en qué año (creo que en 1969) empezó a decorar su estudio con un collage de fotos de revistas y titulares de periódico que llegaron a cubrir las cuatro paredes y el techo. Ese trabajo ha sido una de las manifestaciones artísticas más divertidas que yo haya conocido, y colaboré con él a lo largo de ese año, aportando imágenes y textos interesantes, y participando en la pintura de un vitral con acuarela sobre los vidrios de ese cuarto. Era bellissimo. Era también, y no pude intuirlo en su momento, el inicio de la etapa más radical de su aislamiento.

Cuando la música empezó a tratar de reemplazar a la poesía, Hernández convirtió la casa en un estudio, con un piano en los bajos (más tarde serían dos), e instrumentos, discos y partituras en todos los cuartos. Aparte del piano aprendió a tocar diversas flautas, clarinete y saxofón, y pasaba días enteros ejecutando a sus favoritos: Beethoven, Chopin, Rimski Korsakov y Tchaikovski, y escuchando a Mahler en un pequeño tocadiscos. Su admiración por los músicos

era un asunto personal, casi como la admiración del público por las estrellas deportivas o cinematográficas. Cuando sus padres le compraron un auto nuevo, Hernández pegó contra el vidrio trasero, como parodia de las calcomanías de autoidentificación universitaria de esos años, el nombre de Sibelius.

Hubo un tiempo en que participé de sus actividades musicales, junto a nuestro amigo Gushiken, también estudiante de Medicina y trompetista de jazz al que Hernández convenció para que participara en el desciframiento de la obra de Rimski. La cosa devino en un ciclo de desordenadas *jam sessions*, en las que me tocó cantar, e incluso participar con parte de la letra en algunas composiciones. Esa fue la última temporada alegre que pasamos juntos, entre el jazz, la cerveza y la playa. Pero poco después Gushi murió ahogado en el mar, lo cual plegó la música a la soledad de Hernández y llenó toda la poesía posterior a esa muerte de un conjunto de sombrías evocaciones poéticas del asunto. Creo que por esa época hizo un viaje a Estados Unidos y Europa, se presentó a los exámenes para ejercer la medicina en el extranjero y empezó a dibujar, concretamente a ilustrar sus poemas y a colorear las partituras sobre las que tocaba.

Fue también en esa época que conoció la marihuana, la cual reemplazó al alcohol en nuestras sesiones musicales. El fin de sus estudios se aproximaba, y Hernández se mostraba cada vez más ajeno a todo lo que no fuera su rutina de interno y el universo pintado y sonoro de su casa. Su inquietud intelectual se había convertido en una lectura recurrente de los novelistas rusos y de Benito Pérez Galdós, su afición a la música en el solfeo obsesivo de unas cuantas partituras, sobre todo de Rimski, y su actividad poética en un ejercicio desordenado, y también recurrente, que acumulaba y luego repartía en forma de cuadernillos escritos a mano y dibujados. Muchos de ellos contienen variaciones de lo mismo, y los últimos avanzan hacia un lenguaje hermético, repleto de alusiones indescifrables.

Y hemos llegado por fin a la poesía de Hernández, que a pesar de todo constituye el nudo y la guía de su persona, el amor al que nunca renunció, y frente al cual asumió todo el

tormento de su existencia. No me cabe duda de que su muerte devolverá a sus poemas el interés que su aislamiento les negó, interés que ya empezaba a despertar a partir de su cáustica *persona* de los últimos años (en que se llegó incluso a presentar una desaprobada tesis doctoral sobre su obra). Son buenos poemas, guiados por un gran rigor en el empleo del lenguaje y uno de los oídos más finos de la poesía peruana de esos tiempos. Merecieron muchísima más atención de la que recibieron, y a pesar de su olímpico aislamiento, Hernández resintió su ausencia de la mayor parte de las antologías, y nunca dejó de alegrarse por las espaciadísimas publicaciones de sus poemas en revistas y diarios.

Las primeras dos plaquetas de Hernández son sin duda alguna la mejor expresión de ese estilo un poco sollozante e hiperlirico que hizo fortuna desde la Universidad Católica muy al comienzo de los años sesenta. Es una poesía cuyo principal mensaje por momentos parece ser (sombras de Roman Jakobson), precisamente su deseo de ser poesía. La de Hernández quiso ser dentro de los cánones puristas y dramáticos de Juan Ramón Jiménez, en *Orilla*, y dentro de un tono elegíaco y culturalista en *Charlie Melnik*, en el que vibra ya la sugerencia de nuevas influencias en la poesía peruana. Junto con *David*, de Cisneros, y *El río* de Heraud, la segunda plaqueta de Luis constituye lo mejor de la serie de brevísimos poemarios juveniles que editó La Rama Florida. Y ambos apuntan tempranamente y con seguridad hacia la complejidad de sus futuros desarrollos.

Eran, como todos los que terminó, poemas trabajados con intensidad en varios planos, preocupados por el juego rítmico de los pies métricos, por las aliteraciones, por el rigor del lenguaje y sus afectos; se trata de los experimentos poéticos juveniles más serios y elaborados de ese tiempo, con referencias a un mundo personal, con pocos contactos con ese realismo crítico que empezó a madurar tras el fin de la guerrilla. Alguna vez alguien me dijo que el Charlie Melnik de su elegía era (además del personaje de una novela de Sholem Asch) su amigo y compañero Javier Heraud, muerto en 1963. Nunca se lo pregunté, pues Hernández fue siempre muy discreto en el recuerdo de esa amistad, y esa discreción y las jocosas historias sobre



Heraud que él contaba contrastaban mucho con la pragmática santurronería que rodeó la heroica muerte del autor de *El río*.

Las constelaciones fue su gran esfuerzo poético, preparado a lo largo de todo un año, como una deliberada ruptura con su anterior producción y puesta en escena de un nuevo universo de preocupaciones y de lenguaje. Lo vi rehacer y reordenar esos poemas durante todo ese tiempo, poseído de una seriedad, no, más bien una solemnidad literaria que nunca he vuelto a ver, y luego enviarlos al concurso trujillano que cinco años antes habían ganado juntos Heraud y Calvo, y que después de dar un primer premio al poeta Winston Orillo y el segundo a Hernández en 1965, nunca volvió a ser el mismo. En el manuscrito enviado a Trujillo había puesto Hernández la *summa* de sus hallazgos y de sus preocupaciones: la música, la contradictoria figura de Pound, la crítica de Lima y sus costumbres, el trabajo con la cita poundiana/eliotiana, los idiomas extranjeros, las expresiones del lenguaje coloquial y de la jerga, el empleo del humor como recurso poético, en fin, todo aquello que hacia comienzos del siguiente decenio se iba a convertir en un cansino lugar común de la joven poesía peruana.

Difícil retro-profetizar en las actuales circunstancias, pero pienso que de haber continuado en la línea de *Las constelaciones*, Hernández hubiera sido ya no solo precursor, sino un miembro de avanzada del grupo de poetas fugazmente agrupados en la antología *Los nuevos* (o de la generación del sesenta, como llaman al mismo movimiento, muchos de los cuales no fueron incluidos en la antología). Pienso también que a partir de *Las constelaciones* su relación con la poesía mudó radicalmente para dejar de ser el ejercicio placentero (hedonista) de la inteligencia y el talento, y convertirse en un reflejo de sus espléndidas vacilaciones al borde del tremendo abismo de soledad que lo capturó. La poesía posterior a ese tercer poemario es la crónica de ese vértigo y de esa caída.

Después de *Las constelaciones*, Hernández perdió casi todo interés de hacerse una obra poética y se dedicó a vivir con la mayor intensidad posible una actividad poética, en la cual el texto escrito no era sino uno de los productos posibles. El poeta hizo hincapié en esto asumiendo una

actitud displicente ante la suerte física de sus escritos, que empezaron a aparecer y desaparecer regados por toda la casa. Muchos poemas se perdieron de esa manera, hasta que él empezó a reunirlos en cuadernillos caligrafiados e iluminados que se dedicó a regalar a algunos amigos. Lentamente fue ingresando a una labor de copista, produciendo docenas de versiones similares de ese cuadernillo; a partir de ese momento empecé a aprovechar cada visita para secuestrar un ejemplar de cada uno.

De Hernández me quedan unos pocos de esos cuadernos, algunos de los libros que nunca pude devolverle, y las cenizas vivas de una amistad remota. Su obra terminó reunida, reeditada, traducida al inglés, ampliamente circulada. Me pregunto cómo hubiera manejado una celebridad como la que hoy le tocaría si viviera. Probablemente mal, porque eso hubiera sacado a la luz su temperamento huraño. Ahora que no está, desde hace un par de decenios oleadas de jóvenes se han fabricado en él un poeta juvenil, irreverente, divertido a su manera. Incluso más que un poeta, un héroe cultural de la soledad adolescente, la marginalidad romántica.

Visto a la distancia, a partir de un momento Hernández empezó a acelerar la producción de su obra (*Vox horrisona*, que reúne todo lo escrito, tiene unas 300 páginas), con un claro sentido de urgencia. Su peripecia se había vuelto uno de esos laberintos sin salida que esperan a los desconsolados. ¿Tuvo que ser así? No necesariamente. Creo que tuvo opciones a un tiempo de felicidad en su vida, y la posibilidad le resultó insoportable. ■

Mirko Lauer (Perú)

1947. Narrador, poeta, ensayista, crítico de arte, traductor, politólogo y profesor. Doctor y magíster en literatura peruana y latinoamericana (UNMSM). Entre sus publicaciones se destacan los poemarios *En los cínicos brazos* (1966), *Ciudad de Lima* (1968), *Santa Rosita y el péndulo proliferante* (1972), *Bajo continuo* (1974), *Sobre vivir* (1986) *Tropical cantante* (2000) y *Antología de la poesía vanguardista peruana* (2001); las novelas *Los asesinos de la última hora* (1978), *Secretos inútiles* (1991), *Órbitas. Tertulias* (2006), *Tapen la tumba* (2009); y los ensayos *La cultura política peruana. Un glosario* (2006), *Introducción a la pintura peruana del siglo XX* (2007), *Bodegón de bodegones* (2010). Junto con Abelardo Oquendo dirige la revista de artes y letras *Hueso Húmero*. Desde 1982 es miembro del comité directivo, así como columnista del diario *La República* de Lima.